

Vicente Undurraga

# Todo puede ser

H&O Editores



H&O

Primera edición: mayo de 2024

© De los textos: Vicente Undurraga, 2023  
Edición original en Ediciones Mundana, Chile, 2022

© De esta edición:  
H&O Editores  
[www.hyo-editores.com](http://www.hyo-editores.com)

Fotografía de la faja: Macarena García Moggia  
Fotografía de la contra: Kegol / Fat Secret Chile  
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre López-Gay  
Maquetación: Carolina Hernández Terrazas  
Corrección: Guillermo Pérez Ortiz  
Impresión: Arteos

ISBN: 978-84-128089-6-4  
Depósito legal: B 7551-2024

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

*a Milagros  
por el inmenso compartir*

H&O Editores

H&O Editores

*Para oír la palabra del mar y alegrarse en sus verbos.*

EUNICE ODIO

H&O Editores

H&O Editores

## INFINITIVOS

Que somos capaces de hablar sin usar verbo ni sujeto. O que los usamos desplazados, hablando horas y horas sin que se sepa bien de qué. Lo observó, sin lamentarlo, Raúl Ruiz sobre los chilenos. Pero algo pasó.

En algún momento se comenzó a expandir algo así como la práctica contraria: el uso y hasta abuso del verbo en su forma esencial, el infinitivo, sin conjugar y puesto invariablemente —desplazado— al inicio de las intervenciones. Sin ironía, más bien con solemnidad. Agradecer la presencia de ustedes aquí esta tarde, lamentar la partida del conocido músico, recordarles llevar sus colaciones.

Por su carácter abstracto, previo a cualquier encarnación, a cualquier fijación temporal o espacial, los infinitivos anteceden a la acción. Son el verbo en estado puro, antes de que una conjugación los enlace a un sujeto y a unas circunstancias que hagan de ellos materia viva, realidad.

Acá reúno algunos verbos que podrían ir al principio de la oración que con nuestros días y noches vayamos escribiendo. Pero no a la manera de una prescripción, sino aspirando a ese enlace, pasados por la experiencia y la reflexión, tocados por la voluntad y la debilidad, la pena y la risa. Y por el azar. Quisiera, dicho con palabras de Alfonso Alcalde, «mantener alerta

los verbos». Meditarlos, aterrizarlos. Porque estos verbos son, dicho ahora con un verso de Eunice Odio, «puertas que a lo largo del alma me golpean». Algunos parecen contradecirse, pero *contradecir* es el verbo que, sin estar, está siempre en estas páginas.

Podrían ser otros, pero son estos. *Morir*, que va al final, es el origen y a la vez el punto de llegada o de fuga de los demás verbos, que hacen poco más que merodear, anotar, complementar y consolar a ese hecho definitivo que es el morir ajeno cuando de tan próximo prefigura el propio. En los días en que este libro ya estaba en manos de la editora, murió mi abuelo, Ernesto Rodríguez Serra, que da vueltas por muchas de estas páginas, que determinó tantos pensamientos y lecturas en mi vida como en la de tanta gente y que pocos días antes de partir, mientras soltaba sereno sus últimas amarras, me habló emocionado y con esa inteligencia y sencillez irrepitibles que tenía del verbo atizar, que es encender un sentimiento e incrementar el fuego.

Revisitar verbos clave, activarlos o desactivarlos con una renovada y ardiente conciencia de la finitud que nos acecha, de que se vive entre muertes, de las limitaciones que nos exceden e incitan, tal vez sea eso, una forma de atizar, de buscarle el lado al mundo y llevar adelante una vida que no se paralice ante tanta hostilidad y rigidez, que no sucumba. Que sepa soltar y saltar, como la rana de Basho.



I

H&O Editores

H&O Editores

## TRASNOCHAR

Trasnocho desde que tengo memoria y tengo memoria desde que trasnocho. A los siete años me desvelé y miré toda la noche desde arriba del camarote por la ventana mientras pensaba en todo y en nada y, en fin, recordaba e imaginaba situaciones y oía ronquidos lejanos y grillos, sobre todo grillos y el frío no me tocaba y el miedo ni me venía y sentía algo parecido a la felicidad, una radiante dicha que se extendía y parecía infinita y de pronto empezó a clarear y se fue alumbrando lo que recién era negror total, y ya asumiendo lo que venía, el día, me levanté y me fui al potrero y vi despezarse a saltos a los caballos que la noche previa al salir a caminar con mi papá había podido ver por el fulgor de sus ojos que reflejaban la luna, en los ojos de tres caballos seis veces la luna menguante.

Noche larga y de cavilación que desde esa vez, o quizás desde antes —nací a las 5 a. m.—, es para mí el objetivo del día —la noche el objetivo del día y el día un tránsito dichoso o nervioso o pesado o ligero o lo que toque, pero la noche es el destino, la decisión, el espacio preferente del Ser, su demorada morada de morada luz.

«Tiendo a la noche», dice un verso peruano que describe la esencia del trasnoche en soledad. Se tiende a trasnochar. No se lo busca, no se lo evita, se incurre, se cae y recae, fatal y felizmente, en el alargamiento descuadrado de la jornada. Son las 10 de la noche, en un momento todos se acuestan y dan

las 12, la 1, las 2, las 3, las 4, no rara vez las 6 o las 7, y ya se sale a ver el alba, ese momento de luz única cuando, según los amores difíciles, existen dos tipos humanos, los que están despiertos ya y los que lo están todavía. Ser de estos últimos no por venir de una farra sino de una celebración solitaria es estar de salida de todo un trance pues en un traspasar así la experiencia del tiempo se trastoca, dos horas son dos segundos, tan cierto son las 12 como de pronto las 5.07.

Cuando la noche será larga, la mente y el cuerpo desde el principio lo saben, se los sopla la intuición, y ya a las 11 el espíritu del traspasar impone sus términos de bruma de la identidad y elástico del tiempo y desborde de algo interno que no es habitual que salga con tal desparpajo, tiempo de excesos íntimos en ausencia de terceros y de segundos. Traspasando es la vida secreta la que brota, el deseo hace fotosíntesis de noche, se airea y expande para luego replegado seguir comandando desde las cavernas a nuestro ser. La noche a solas es por eso esencial, en sentido literal pues una esencia nuestra o rechazadamente nuestra esencia es la que asoma y en su desenfreno uno se entusiasma, se enciende y se resiste al sueño en un ánimo de Principio porque en ese estado la vigilia no está menos abierta a lo insondable o lo imprevisto que el sueño, pero es distinta pues aunque haya delirio y libertades inauditas, hay una conciencia que no se pierde, que más bien se gana, y la ganancia es el descubrimiento de potencias que en el día duermen o subyacen pero que tras noches así suelen quedar rondando al ser de día, protagonizándolo, y de esa manera la noche cuela sus flechas en el día, en la vida privada y hasta en la pública, redibujando los contornos con que nos aparecemos ante los demás y sobre todo ante nosotros mismos.

De noche se recuerda, se está y se imagina simultánea e intensamente, como si se diera el milagro de habitar pasado y

presente y futuro a la vez, no anulándolos sino anudándolos, integrándolos o más bien trezándolos, sin que el uno suponga la suspensión del otro, sin que imaginar suponga pausar el recordar ni el recordar un detener el simple y maravilloso estar porque se está en el pasado y se está en el futuro y se recuerda e imagina el presente como en una fiesta, una fiesta como la de otro verso peruano, una remota fiesta en el fondo de una estrella donde toca bailar tiernamente con una silla. Se trasnocha sentado en una silla, no en la cama ni caminando ni de pie ni tirado en el suelo sino sentado. Como los dioses. O los nocheros.

H&O Editores

H&O Editores

## TEMER

### I

Sentimos miedo. Es un sentimiento no solo inevitable en esta jauría que es la humanidad sino necesario, esencial. Sin miedo no hay enfrentamiento, no hay cuidado, no hay resolución, no hay sexo, no hay cultura ni mercado, no hay pensamiento ni arrojo; no hay, en suma, civilización. En el inicio, podría decirse, está el miedo. Haya o no haya verbo, siempre habrá miedo.

Nace ante el peligro y nadie está libre de peligros; los temerarios no son quienes no lo experimentan sino, al contrario, quienes, sintiéndolo intensamente, lo enfrentan con descuadrado atrevimiento.

En las antípodas de la temeridad está el miedo al miedo: una cuestión a priori; anterior, si es que no contraria, a la vida. Es una especie de miedo ciego y paralizante que surge ante cualquier cosa (desde lo más nimio hasta, especialmente, lo más interesante y vivo) y sobre todo antes de cualquier cosa. Alguien puede sentir aprensión o rechazo o incluso pavor a lo que sea y encararlo o bien oponérsele, huir o inventar una salida, pero quien teme temer, ¿qué hace con eso?

Hay un cuento ejemplar de Maupassant llamado «¿Él?» que muestra a un hombre que se casó no por amor ni conveniencia sino para sobrellevar una presencia terrorífica e inmaterial —«Él»— que lo acecha desde siempre en su casa. Eso es

miedo: un instinto que lleva a enfrentar, aunque sea de manera descabellada, las amenazas. No siempre conduce a algo deseable, pero al menos moviliza. Si lo hubiese protagonizado en cambio alguien que habitase en el miedo ciego, ni siquiera se habría casado porque ante semejante paso hubiese sentido, de seguro, más miedo. Y no habría matrimonio ni cuento ni nada.

## II

El miedo se come el alma, dice un muro que bordea la línea del tren que une Viña del Mar con Valparaíso, sobre el puente Capuchinos, a pasos de donde, hace cuarenta años, en una noche de luna en cuarto creciente, ocurrió el último de los diez crímenes de los sicópatas viñamarinos, el asesinato a sangre fría de una pareja de jóvenes que de tan enamorados no le temían ni a la por entonces terrorífica noche de la ciudad jardín.

Que el miedo se come el alma es una verdad del porte del buque que, estirando la mirada, se puede ver más allá del rayado del muro, flotando sobre el mar como flota uno sobre este mundo, de una manera que en un segundo nos parece firme y eterna y al otro se nos revela en su esencia precaria y fugitiva.

Y así como para mantenerse a flote el buque precisa calderas, la vida necesita calidez, y por eso el paso de estas aves de paso que somos consiste en la búsqueda a veces serena y a veces desesperada de todo aquello que aporte abrigo, temperatura, como un abrazo en mitad de la noche junto al mar. Cuando no hay calor, no hay vida. El cuerpo al morir se enfría. El miedo es frío, el frío final es la muerte y la secuencia